

Remanentes ideológicos de la esclavitud en República Dominicana*

Franklin José Franco Pichardo**

El lunes 22 de marzo del presente año, un periódico nacional informó que una joven mujer dominicana de color, nombrada Francia Lebrón, nacida en El Seibo, quien se encontraba en estado de embarazo, fue detenida en la barriada de Alma Rosa, de la ciudad capital, junto a su hija de tres años. La joven señora fue obligada a subir a empujones a un camión militar con su niña, en una de las periódicas redadas que aquí se organizan contra los haitianos supuestamente ilegales. La mujer y su criatura fueron deportadas a Haití por la ruta de Dajabón, junto a una veintena de trabajadores de la construcción de esa misma nacionalidad.

La crónica señala que otra joven dominicana, también de color, logró salvarse de la situación porque entregó a uno de los guardias que participaba de la desgraciada operación, una cadena de oro que llevaba colgada en su cuello.

Mientras leía con espanto la crónica, aún cuando la situación se ha tornado cotidiana, pensé en los motivos que han originado en nuestro país tal grado de deshumanización.

-
- * Discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia, pronunciado en el salón de actos de la institución la noche del 29 de abril de 2004.
 - ** Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



Y lo califico así en razón de que es harto conocido que varios ingenieros civiles, que utilizan la mano de obra haitiana en las edificaciones que construyen, muchas de las mismas levantadas bajo contrato con el Estado, en combinación con guardias, policías e inspectores de la Dirección de Migración, logran el apresamiento en las propias obras de esos trabajadores haitianos, los cuales son deportados a su nación, sin permitirles siquiera despedirse de sus familiares, amigos, sin cobrar sus salarios, ni mucho menos recoger sus escasas pertenencias.

Apenas días después de la publicación en la prensa de la información comentada, nos llegó esta perla: Un proyecto de ley sobre migración sometido al Congreso de la República contempla la penalización a los médicos dominicanos que asistan a las parturientas haitianas. Ni siquiera en Sudáfrica en los momentos cumbres del *apartheid* se escucharon propuestas semejantes.

¡Y hay quienes expresan con orgullo que aquí hay absoluto e irrestricto respeto de los derechos humanos!

Y me pregunto ¿Y cómo hemos llegado a tal grado de conducta monstruosa?

Es lo que pretendo examinar esta noche ante ustedes, con esta exposición.

En el territorio que hoy ocupa nuestra nación, la primera abolición de la esclavitud ocurrió en 1801. La llevó a efecto Toussaint Louverture, quién ocupó nuestra zona en cumplimiento del Tratado de Basilea de 1795, mediante el cual España cedió a Francia la Parte Oriental de la isla, hoy República Dominicana. Esa primera abolición duró poco, pues como se conoce, los cambios políticos ocurridos en el país gallo llevaron al poder a Napoleón Bonaparte y éste



derogó esa importante conquista promulgada por la Asamblea de esa nación en pleno proceso revolucionario, y además, envió a la isla un poderoso ejército comandado por Leclerc, a quién dio instrucciones especiales para que restituyera el anterior ordenamiento colonial esclavista.

Esa funesta iniciativa atizó las fuerzas revolucionarias haitianas hasta el delirio, hecho que originó la primera gran derrota del ejército napoleónico y, consecuentemente, la proclamación poco después de la independencia de Haití en enero de 1804.

La segunda abolición de la esclavitud mantenida por España durante casi tres siglos en la zona oriental de la isla Hispaniola, ocurrió en 1822, con motivo de la integración de nuestro territorio a la República de Haití.

Ese acontecimiento fue un hecho trascendental para la historia nacional, pues permitió limar las diferencias sociales y políticas por motivos étnicos y estableció la igualdad de todos los hombres ante la ley, acorde con los principios de las constituciones francesa y haitiana, y todo ello fortaleció el proceso de integración racial, caso muy original en la historia de Hispanoamérica.

La historiografía tradicional dominicana, a pesar de que está admitido en el acta de nuestra Independencia Nacional, el Manifiesto del 16 de enero de 1844, que los dominicanos se integraron de manera voluntaria a la República de Haití, no acepta esa realidad y al tratar este punto en la historia escrita que nos enseñaron en las escuelas habla de “*Ocupación Haitiana*”, de “*Invasión Haitiana*”, pero no de integración, mucho menos voluntaria.

Fruto de las contradicciones económicas, sociales y políticas que surgieron entre dominicanos y haitianos durante



esa integración que duró veintidós años, y sobre todo de la conversión de Boyer, presidente de Haití, en un dictador que abandonó los principios liberales de los primeros años de su gobierno, inclinándose, incluso, por establecer el carácter vitalicio de su mandato, el ideal a favor de la separación, primero, y luego por la independencia, fueron creciendo de manera vertiginosa entre los dominicanos; impulsada esta última corriente, por la difusión en el seno de la clase media y de importantes sectores del comercio de los ideales nacionalistas consagrados por Juan Pablo Duarte, con la fundación de la Trinitaria en 1838.

Sin embargo, el hecho de haber logrado nuestra independencia en 1844, en dura brega con Haití, nación integrada predominantemente por descendientes de africanos, unido a la fuerza que fue adquiriendo el racismo en todo el mundo en aquella época, facilitó aquí el surgimiento de una corriente pseudo-nacionalista, patrioter, impregnada medularmente por la tesis de la desigualdad entre los hombres por cuestiones de raza.

Esa corriente, que explica las causas de la Independencia Nacional en razón de la fuerza de la cultura hispánica y de la Religión Católica en nuestra idiosincrasia y tradiciones, vigente durante casi doscientos años como política del Estado, está aún presente en una buena parte de la población dominicana, sobre todo en los altos círculos de la rancia oligarquía, de la burguesía y en la clase media dominicanas.

En consecuencia, las huellas del sistema esclavista-colonial atraviesan toda nuestra historia y llegan hasta nuestros días, permaneciendo como un remanente ideológico alienante que niega los auténticos valores morales, culturales y espirituales, de nuestra sociedad. Veamos:



Señala la señora Rosa Duarte, hermana del patricio Juan Pablo Duarte, principal ideólogo del movimiento independentista, que en una de las reuniones donde se discutían detalles del proyecto independentista, entró al lugar un pariente cercano del fundador de la República, quién al notar la ausencia de negros y mulatos en la misma, expresó a los asistentes que mientras no integraran a sus propósitos a las gentes de color, las ideas independentistas no avanzarían.

Todo indica que Duarte escuchó el consejo, pues a partir de ese momento varias personalidades negras y mulatas fueron sumadas al proyecto. Entre otros, Francisco del Rosario Sánchez, Mella y los hermanos Puello, todos de gran arrastre entre las masas populares.

Es decir, Duarte añadió a su estrategia la necesaria integración racial en su movimiento, como fórmula esencial que permitió luego reunir las fuerzas sociales indispensables para llevar a realidad su propósito.

Tales ideas, expresadas en unos versos que escribió y reprodujo su hermana Rosa Duarte en sus *Apuntes*, dicen así:

*“Los blancos, morenos, cobrizos cruzados,
marchando serenos, unidos, y osados
la patria salvemos, de viles tiranos
y al mundo mostremos que somos hermanos”.*

Sin embargo, no fueron pocas las dificultades que el principal ideólogo del movimiento independentista dominicano encontró en su camino. Así por ejemplo, señala también su hermana, que cuando Duarte presentó a sus compañeros una parte del proyecto de Constitución que elaboraba, donde se expresaba, que:

“La ley no reconoce más vileza que la del vicio, ni más nobleza que la de la virtud, ni más aristocracia que la del



talento, quedando para siempre abolida la aristocracia de la sangre, *contraria a la unidad de la raza, que es uno de los principios fundamentales de nuestra asociación política*".

Esta idea encontró la resistencia de varios de los integrantes de su grupo, y el patricio, indignado por esa reacción de sus compañeros rompió el documento que leía.

Como se conoce, a pocos meses de proclamada la República los principales miembros del sector liberal fueron aplastados por el sector conservador dominicano, hechos prisioneros y expatriados.

El grupo triunfante, encabezado por el general Santana, nuestro primer presidente y nuestro primer tirano, por Bobadilla, Báez y otros, que nunca creyeron en la posibilidad del mantenimiento de una República Dominicana, *"libre e independiente de toda potencia extranjera"*, como lo deseaba Duarte, sino bajo la férula de un protectorado de una gran nación –Francia, España, Inglaterra, etc.– durante muchos años impusieron su voluntad y sus concepciones hispano-racistas.

Expulsados los principales líderes del movimiento liberal independentista dominicano, Santana convertido en déspota, inició poco después una purga racista. La primera víctima lo fue la mulata María Trinidad Sánchez, fusilada el 27 de febrero de 1845, el mismo día en que se cumplía el primer aniversario del surgimiento de la República; a ella siguieron otros, pero el crimen más escandaloso lo fue el fusilamiento de José Joaquín Puello, un negro convertido en una de las principales espadas de nuestras guerras de independencia.

Saint-Denys, cónsul francés que actuó por aquellos días como consejero de Santana, uno de los principales artífices del proyecto proteccionista francés, escribió sobre aquel:



“siempre enemigo de los blancos y hostil a Francia, fruto de los perjuicios de su casta, no puede ser manejado. Peligroso para la tranquilidad y el mantenimiento del orden, capaz de realizar todos los excesos para alcanzar sus objetivos, creo que es indispensable alejarlo de los asuntos políticos e incluso del país. En esto trabajo activamente sin que él se de cuenta. Si logro, como tengo la esperanza, alejar de la ciudad a los soldados negros, que constituyen su única fuerza, no tendríamos nada que temer de él. El ser comandante de la plaza de Santo Domingo, investido desde hace cuatro meses, lo ha convertido, sin excepción, en peligroso y odiado por todos los partidos”. (Emilio Rodríguez Demorizi. *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*, Vol, I, p. 122).

En 1947 el gobierno de Santana tomó una disposición para favorecer la inmigración de personas de la “raza blanca”. Esa acción originó disgustos entre la oficialidad negra y mulata del ejército.

Esa actitud, según el biógrafo de Puello, Víctor Garrido, profundizó sus diferencias con la cúpula hispanófila gubernamental, y ese mismo año, en diciembre, fue acusado junto a sus hermanos, también oficiales del ejército, de dirigir una conspiración negrófila contra el gobierno y fue fusilado el 23 de diciembre de 1847.

La tesis de los sectores conservadores enquistados en el poder que expresaba que la existencia de la República no era viable sin la protección de una gran potencia, más el planteamiento que sostenía que éramos un pueblo de profundas raíces hispánicas, agregado al rechazo de todo vínculo de nuestra nación con los elementos culturales negros, en unidad a otros argumentos económicos y políticos, nos condujo a la Anexión en 1861, año en que fue arriada la



bandera nacional e izada la española, y la novel República se convirtió en una provincia de España.

La Anexión fue afortunadamente breve, pues poco después se desató en el país el movimiento cívico–militar de mayor arraigo popular del siglo XIX dominicano y el ejército ibérico y los anexionistas nacionales, fueron humillantemente derrotados mediante una lucha guerrillera que duró casi tres años, y que dejó miles de españoles muertos en el campo de batalla o por las enfermedades.

Como consecuencia de esa derrota, los planteamientos teóricos sobre nuestros ancestros “*fundamentalmente hispánicos sucumbieron*”. Pero los sectores intelectuales pro-oligárquicos, temerosos de la potente incursión en el plano social y políticos de los líderes negros que se habían distinguido en la Guerra de la Restauración, no dilataron en elaborar una nueva interpretación sobre nuestros orígenes como nación.

Fue entonces cuando se inventaron que la participación aborígen en nuestra formación, en nuestras costumbres, nuestra idiosincrasia, en fin, en nuestras tradiciones, jugó un papel capital en la formación de nuestro pueblo. Todo ello, a pesar de que todos los documentos históricos señalan que los conquistadores españoles de la isla exterminaron completamente la población india en pocos años, durante el siglo XVI.

Como se sabe, el indigenismo surgió como corriente cultural y como actividad literaria de acento político en Suramérica, Centroamérica y México, como respuesta ideológica de claro matiz autóctono nacional contra aquellas interpretaciones retrógradas que surgieron allí, tratando de embellecer el odioso pasado colonial.



En el continente, en tal virtud, el indigenismo exhibió elementos progresistas; en nuestro país, en cambio, fue un intento claro de detener el afianzamiento de un verdadero nacionalismo dominicano que pudiera exhibir las auténticas raíces de nuestra conformación nacional y, consecuentemente, de nuestra identidad.

El indigenismo se inició aquí en 1867 con el drama en tres actos, escrito en versos *Iguaniona*, de Angulo Guridi, obra que en principio no tuvo mayor repercusión; continuó con *Fantasia Indígena* (1876-1877), de José Joaquín Pérez, y alcanzó su madurez con la publicación de la novela *Enriquillo*, editada su primera parte en 1879, de la autoría de Manuel de Jesús Galván.

Galván fue un clásico político arribista: secretario particular del dictador Santana, principal propulsor de la Anexión de nuestra nación a España, y durante el gobierno anexionista español ocupó durante casi tres años el cargo de Secretario del Gobierno Superior Civil.

La novela histórica *Enriquillo* escrita con prosa sutil, elegante y cuidadosa, que se fundamenta documentalmente en informaciones que ofrece el padre Bartolomé de Las Casas, en su *Historia de las Indias*, fue adoptada desde el siglo XIX y aún permanece hasta nuestros días como lectura obligatoria para el estudiantado dominicano.

La tendencia indigenista dominicana, pero muy particularmente la novela *Enriquillo* influenció profundamente a la juventud dominicana sirviendo, para llamarlo de alguna manera, de útil instrumento ideológico que bloqueó durante décadas el surgimiento de una auténtica interpretación de nuestras verdaderas orígenes.



La vigencia de *Enriquillo*, debido a su profusa difusión patrocinada por el Estado en nuestra sociedad durante muchos años, libro que como hemos expresado, fue impuesto como lectura obligatoria en las escuelas, así como otras obras indigenistas, crearon una original clasificación étnica del dominicano.

Así, por ejemplo, el negro dominicano no se autodefine como tal, sino *indio oscuro*, y el mulato, *indio claro*, y el mulato más claro, indio lavado.

A partir de los últimos años del siglo XIX, paralelo al indigenismo, y muy estrechamente vinculado ideológicamente a éste, apareció otra corriente que expresa también la fuerte presencia de restos ideológicos procedentes del sistema esclavista colonial, que les reitero estuvo vigente aquí durante más de trescientos años: *El pesimismo dominicano*.

El principal propulsor del *pesimismo dominicano* lo fue José Ramón López, quien publicó en 1898 una obra que durante décadas ejerció notable influencia en los círculos intelectuales, titulada *La alimentación y la raza*.

Los principales elementos teóricos de este ensayo de López provienen del darwinismo y de las concepciones biológicas de Spencer. Como se conoce, ambas corrientes filosóficas alcanzaron gran arraigo en toda América Latina.

En la visión que nos transmite López, el pueblo dominicano, a causa de su hibridismo, no conserva los elementos esenciales que le puedan permitir su civilización y progreso:

“Nuestra raza (nuestro conglomerado humano) es la consecuencia de un largo proceso histórico de degeneración biológica de los propios elementos que le dieron origen; degeneración de la “raza aborígen”, de la “raza



conquistadora”, que perdió al arraigarse en Santo Domingo la costumbre de comer lo suficiente; y la degeneración del “esclavo negro”. (José Ramón López. La alimentación y la raza, p. 47. Véase además: Franklin J. Franco Pichardo. El pensamiento dominicano, p. 283).

La corriente pesimista ha sido prolífica en nuestro país, pues con diferencia de matices prendió con fuerza, incluso en pensadores nacionalistas como Américo Lugo, Francisco Henríquez y Carvajal, Francisco Moscoso Puello, Rafael Augusto Sánchez, Joaquín Balaguer y Manuel Arturo Peña Batlle, quienes también fueron nacionalistas en la juventud.

De la visión catastrófica del pueblo y de la historia nacional que dibujó el pesimismo dominicano, difundida por centenares de artículos periodísticos, en decenas de folletos y libros, surgió una idea nueva. Esta sostenía que para encauzar a nuestra nación por el sendero de la civilización era necesario buscar la protección de un gobernante fuerte, tutelar, que lo guiase por la vía del orden y el progreso.

El hombre apareció en 1930, instaurando una de las más brutales regímenes que ha padecido nuestro continente.

De lo anterior se desprende que el advenimiento de la tiranía de Trujillo, al igual que como ocurrió con el Mesías, es decir, con Jesús, fue durante mucho tiempo anunciada.

Bien, llegado a este punto oportuno resulta subrayar que los principales ideólogos de su gobierno, aportaron otro elemento ideológico novedoso, estrechamente vinculado al racismo, al indigenismo y el pesimismo: El mesianismo, rasgo ideológico que explicaba la necesidad de la llegada del despotismo y que justificó las más terribles acciones represivas del régimen.



Dentro de ese marco, la historia de nuestra nación se divide en un antes o después del 1930, año del advenimiento de ese gobierno:

“Después de 438 años del Descubrimiento”—escribe uno de su más fieles colaboradores— *“es cuando el pueblo deja de ser asistido exclusivamente por Dios, para serlo por una mano que parece tocaba desde el principio por una especie de predestinación divina: la mano providencial de Trujillo”*, afirmó Joaquín Balaguer. (*Dios y Trujillo*. Discurso de Joaquín Balaguer, en Abelardo R. Nanita. *La Era de Trujillo*, p. 58.).

Peña Batlle fue aún más lejos, cuando sostuvo que:

“Hay en la personalidad de Trujillo y en el sentido de su obra la acumulación de fuerzas trascendentales, casi cósmicas, destinadas a satisfacer mandatos ineluctables de la conciencia nacional. Trujillo nació para cumplir un destino inmanente, imponderable, fuera de toda previsión sentimental”. (Ibídem)

A poco más de cincuenta años de escrito lo anterior, en 1996, para sorpresa y abominación de los sectores racistas nacionales encaramados desde más de siglo y medio de la Independencia Nacional sobre la cima del poder económico y político de nuestra nación, surgió un negro de claro acento afrolatinoamericano como aspirante a la presidencia de la República con posibilidades de lograr ese objetivo, debido a su extraordinaria popularidad en el seno de las masas irredentas de la nación, los negros y los mulatos: el Dr. José Francisco Peña Gómez, candidato del Partido Revolucionario Dominicano en los comicios del año señalado y a quien la extrema derecha y el gobierno acusaban de ser de origen haitiano.



El anuncio y el crecimiento de esa candidatura que se situó de inmediato en todas las encuestas muy por encima de sus dos principales contendientes, Jacinto Peynado por el Partido Reformista Socialcristiano, liderado por Joaquín Balaguer, quien en ese momento ocupaba por sexta oportunidad la presidencia de la República, y del Dr. Leonel Fernández, candidato del Partido de la Liberación Dominicana, fundado por el afamado cuentista Juan Bosch, en 1973, originaron la inmediata salida a escena de todos los fantasmas y diablos aliados al racismo dominicano, decididos a detener las posibilidades presidenciales de un negro, “*en una nación de profundas raíces hispánicas*”.

En medio de lo que fue un verdadero festival del anacronismo, decenas de intelectuales y artistas supuestamente liberales y hasta progresistas, partidarios de Balaguer y de Fernández, cerraron filas contra Peña Gómez, se sumaron a los aparatos propagandísticos de sus respectivas entidades políticas, para detener la llegada al poder de un hombre que calificaban de *Primitivo*.

Fueron muchos los que colocaron su capacidad creadora al servicio del racismo en aquella oportunidad, pero sólo voy a comentar ahora sobre uno de ellos: el Dr. Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua.

Según escribió poco antes de las elecciones este reconocido narrador, poeta y ensayista:

“El comicio electoral del 30 de junio de 1996 es crucial para el destino de la República, en vista de que se cree que el candidato presidencial perredeísta es deudor de antiquísimos designios haitianos” (El Siglo, 26 de junio de 1996).



En ese mismo texto expresa que todas las expresiones del líder del PRD:

“reflejan la impronta emocional o afectiva de que Peña Gómez es culturalmente haitiano y, en consecuencia, sus actitudes y gestos se subordinan a esa pauta de comportamiento ancestral que lleva empotrada en su espíritu” (Ibídem).

Por tanto, agrega,

“no le conviene a nuestro país que asuma el control del Estado dominicano, cuyas tradiciones culturales y religiosas peligran con el candidato del Partido Revolucionario Dominicano”.

Y para rematar, nuestro citado autor sostiene:

“(...) los reflejos culturales de su comportamiento pautan una actitud y una subordinación afines a sus ancestros haitianos”

En consecuencia, *“la mayoría de los dominicanos estiman que con Peña Gómez al frente del aparato del Estado no hay garantía de supervivencia de los valores nacionales”*.

No es mi intención exponer aquí de qué manera esas afirmaciones disparatadas echan a un lado principios científicos hartos comprobados, que subrayan que ni el origen étnico, mucho menos los vínculos sanguíneos de los seres humanos, pueden moldear la personalidad, el comportamiento, el carácter y otras características de los hombres y mujeres. No, lo cito sólo para demostrar, cómo ese rasgo ideológico del sistema esclavista, el racismo, se aposentó e incubó en el pensamiento de quien ocupa la presidencia de la Academia Dominicana de la Lengua.



Quisiera decir para concluir, que las reminiscencias del ordenamiento colonial, lamentablemente aún permanecen vigentes en el marco ideológico de la oligarquía nacional, en importantes sectores de la clase media, e incluso, en círculos intelectuales supuestamente liberales y progresistas.

Para sostener de manera precisa esa última afirmación les voy a narrar algunos hechos que parecen obra de la fantasía. En 1990 fue publicado un ensayo que lleva por título *“El ocaso de la nación dominicana”*.

El epicentro teórico de esa obra, sintetizando, era el siguiente: A causa de la gran migración haitiana, fenómeno que está socavando las esencias culturales nacionales, la nación dominicana se encuentra en peligro y, en tal virtud, si no queremos sucumbir frente a esa oleada primitiva, tenemos que detenerla y enviar a esos intrusos y sus descendientes a su nación, pues esta migración tiene por propósito central, lo expreso según sus propias palabras, *“lograr el reconocimiento de la “nación haitiana” dentro del Estado dominicano”*. (P. 103, edición 2002), como un primer paso que nos conduciría a la fusión de ambos pueblos.

La tesis sostiene que el proyecto fusionista tiene el patrocinio de Francia, Canadá y Estados Unidos. Según su autor:

“Todo apunta hacia el ocaso de la nación que conocimos. Las emigraciones, la cultura, la lengua, los valores, lo que fue ayer la frontera espiritual—de 1801 a 1809, de 1822 a 1844, de 1861 a 1865, de 1916 a 1924- ha sido arrojado por mudanzas en el ser nacional que transforman nuestra cultura campesina y el semblante espiritual de las ciudades. Mientras más nos alejamos de lo que hemos sido, va naciendo sobre la ruina de lo que fuimos, otra nación cuyo



entronque con la haitianidad del campo y la americanidad de las ciudades constituidas ambas en fuerzas históricas desnacionalizantes, esto fraguará nuevos modos de vida, nuevas formas de cultura, y una nueva historia". (Ibidem, p. 237)

Esa obra fue publicada originalmente en 1990 encontrándose en el poder el Dr. Joaquín Balaguer, un intelectual dominicano que, como vimos, fue de los principales ideólogos de la dictadura de Trujillo, y propulsor del antihaitianismo racista dominicano y galardonada con un primer premio de literatura otorgado por la Secretaria de Estado de Educación.

Pero échense para atrás amigos aquí presentes. Esa misma obra, ampliada y revisada para fortalecer más sus planteamientos racistas antihaitianos, fue reeditada en el año 2002, y en esa segunda edición, en su capítulo ocho se sugiere que la política de dominicanización de la frontera, y la consecuente matanza de más de diez mil haitianos ordenada por el dictador Trujillo en octubre de 1937, genocidio dirigido a detener la migración procedente de Haití, constituye *"el acontecimiento más sobresaliente de la historia de la dominicanidad en lo que va del siglo"*.

Y esa segunda edición ampliada también obtuvo otro premio, este último más importante que el anterior: el Premio Nacional de Literatura que patrocina la firma E. León Jimenes, otorgado durante la Feria Nacional del Libro del año 2002. En esa oportunidad, sin embargo, el hecho originó un escándalo y uno de los miembros del jurado al ser cuestionado sobre el contenido racista de la obra premiada se limitó a responder de manera salomónica que ellos no tomaban en cuenta el contenido sino la forma.



Seguramente, algunos de ustedes, sorprendidos, se estarán preguntando, ¿quiénes fueron los miembros del jurado que otorgó ese premio?

No voy a mencionarlos, pero les expreso, que casi todos son hoy funcionarios de la Secretaria de Estado de Cultura. Algunos de ellos han escrito ensayos críticos donde abordan el tema de la esclavitud y el racial con cierta objetividad.

El hecho delata la miseria y la doblez de ciertos sectores de la intelectualidad nacional, pues cuando se encuentran en la oposición, y sin empleos, abrazan posiciones progresistas y hasta radicales, pero cuando consiguen arribar a elevados cargos oficiales lo echan todo al saco del olvido, y se encaraman al tren de la *dolce vita*.

Pero lo que es más grave: también nos expresa de qué manera permanecen y con qué fuerza se encuentran vigentes, en pleno siglo XXI, los remanentes de concepciones ideológicas surgidas durante la conquista y colonización del siglo XVI, en la República Dominicana de hoy.

Bibliografía

- 1) Duarte, Rosa. *Apuntes de Rosa Duarte*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1970 (Instituto Duarteano).
- 2) Rodríguez Demorizi, Emilio. *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1944. (Colección Archivo General de la Nación).



- 3) Garrido, Víctor. *Los Puello*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1959. (Academia Dominicana de la Historia, Vol. VIII).
- 4) Galván, Manuel de Jesús. *Enriquillo*. Santo Domingo, Editora Taller, 1990.
- 5) Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1970.
- 6) López, José Ramón. *La alimentación y la raza*. Santo Domingo, 1898.
- 7) Nanita, Abelardo R. *La Era de Trujillo*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1940.
- 8) Núñez, Manuel. *El ocaso de la nación dominicana*. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega. 1990.
- 9) Pérez, Odalis. *La ideología rota*. Santo Domingo, Editora Manatí, 2002.
- 10) Franco Pichardo, Franklin J: *El Pensamiento Dominicano*. Santo Domingo, Editora Universitaria-UASD, 2001.
- 11) Franco Pichardo, Franklin. *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*. 10^{ma} ed., Santo Domingo, Sociedad Editorial Dominicana, 2003.
- 12) Franco Pichardo, Franklin. *Sobre racismo y antihaitianismo*. Santo Domingo, Sociedad Editorial Dominicana, 2003.



- 13) Tena Reyes, Jorge. *Duarte en la historiografía dominicana*. Santo Domingo, Secretaria de Estado de Educación, 1976.
- 14) Delmonte y Tejada, Antonio. *Historia de Santo Domingo*. Santiago, Editora El Diario, 1950.
- 15) Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano, 1821-1930*. Santo Domingo, Editora de la UASD, 1971.
- 16) Lugo, Américo. “El Estado Dominicano ante el Derecho Público”. En Vetillo Afau Durán, *Américo Lugo. Antología*. Ciudad Trujillo, Imprenta de la Librería Dominicana, 1949 (Colección Pensamiento Dominicano, No. 2).
- 17) Peña Batlle, Manuel A. *Política de Trujillo*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1954.
- 18) García Lluberés, Alcides. *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971 (Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXVIII).
- 19) Rodríguez Demorizi, Emilio. *Actos y doctrinas del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963 (Academia Dominicana de la Historia. Vol. XV).
- 20) García Lluberés, Alcides. y Alfau Durán, Vetilio. *Ensayos sobre el 27 de febrero*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976
- 21) Rodríguez Demorizi, Emilio. *En torno a Duarte*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976.



- 22) Jimenes Grullón, Juan Isidro. *Sociología Política Dominicana*, Vol. I. Santo Domingo, Editora Taller. 1974.
- 23) Avelino García, Antonio. *Las ideas políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora Arte y Cine, 1966.
- 24) Cordero Michel, Emilio *La Revolución Haitiana y Santo Domingo*, 1ra. ed. Santo Domingo, Editora Nacional, 1968.

